

OTRA VEZ BRAND

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

Leído en el libro de Scipio Slataper, un italiano del Carso, sobre «Ibsen»—así se titula el libro—lo que dice acerca del «Brand», de aquella terrible tragedia de Brand. Brand, que a la vez quiere decir espada y llama. Vuelta a la mente y al corazón de Brand, de aquel Brand ibseniano, mejor kierkegaardiano. Vuelva su recuerdo, su visión, su reproche, como la espada ardiente del ángel que el Señor puso a las puertas del paraíso terrenal para guardarlo. Y otra vez el árbol de la vida y otra vez el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Escribe de Brand Slataper: «Fuera de la Humanidad, fuera de toda posibilidad humana está la terrible consecuencia de su ley. Toda la vida ha luchado contra el compromiso porque es la muerte. Y muerte es, sin embargo, la implacable victoria contra él. En el terreno humano, entre los dos adversos polos humanos, ni en ellos mismos, no hay salvación para el hombre. Nada es suficiente. Y Brand se derrumba; entonces, finalmente, el hombre queda desesperado y vencido, y la congoja empedernida se funde, y él se queja y planea de estar sin gracia.»

Y así es. El compromiso es muerte; pero es muerte también vencerlo. La transigencia es muerte; pero lo es también la intransigencia. Y no hay más que una vida y es vivir, esto es, morir poco a poco, luchando contra la muerte, luchando contra la vida, luchando siempre. ¿Por qué? Por la lucha.

En 20 de diciembre del 1870 escribía Ibsen a Brand, su amigo, estas palabras: «Nos han robado, al fin, Roma a nosotros los hombres y la han puesto en manos de los políticos. ¿Adónde iremos ahora? Roma era la única ciudad tranquila de Europa, la única donde se gozase de verdadera libertad, la libertad de la tiranía libertadora de los policastros. Creo que no podré volver a verla en la nueva condición. Todo su carácter exquisito, la falta de obstáculos, la porquería, desaparecerán ahora; por cada estadista que nazca desaparecerá un artista. Y después, el magnífico ímpetu de la libertad—¡salve! Sí, al menos por mi cuenta debo decir—la única cosa que amo de la libertad es la lucha por conquistarla; de su posesión no sé qué hacerme.»

Sí, hay un uso que hacer de la libertad, y es servirse de ella para conquistar más libertad todavía, para libertarnos de las libertades conquistadas. Y así, sin fin.

Brand, como Ibsen, como Kierkegaard, llevaba dentro de sí a su enemigo. Llevaba dentro de sí a Eynar, llevaba dentro de sí al alcalde, llevaba dentro de sí al filisteo, y al beocio, y al sibarita.

¿Que alguien gruñe acre y venenosamente contra otro? Es que se está combatiendo a sí mismo; es que está refutando a otro y a suyo. La violencia en la polémica no es de los convencidos; es de los que tratan de convencerse a sí mismos. Y es inútil que se conviertan, porque entonces tienen que convencer al otro, al que creyeron haber convertido. Todo hombre es, como Job, hijo de contradicción.

«¡O todo o nada!» Tal era la empresa de Brand. Y Brand, sin embargo, vivió de todo y de nada, de la lucha del todo contra la nada y de la nada contra el todo. Y en rigor su empresa fué esta otra: todo y nada. Lo sintió al fin cuando moribundo, entre los hielos de las montañas, aquel su corazón, que era un volcán helado, encontráse anonadado ante la toledad del Dios del amor.

Creía Ibsen que donde hay opresión hay amor a la libertad, y en 1869 escribía en una poesía: «Así que no te importe dar una gota de sangre para mudar la forma del Estado; si es caso, toda la sangre para destruirlo por sus cimientos. ¡Pero no la acostumbrada inútil revolución! Si ocurre un nuevo diluvio, amigo mío, orador revolucionario, encárgate tú del agua y yo veré cómo poner un pequeño torpedo bajo el Arca de Noé.» Y hablando de la fuerza estatual de Prusia escribía que se ha pagado «con la absorción del individuo en el concepto político y geográfico». Añadiendo: «El camarero es el mejor soldado.»

Ibsen, el anarquista luterano, odió de todo corazón el prusianismo. «La fría matemática de Bismarck y Moltke—escribió Slataper—le espantaba y le movía a hastío. Aquellos no eran hechos de hombres que los poetas pudiesen cantar y la Historia gozar; en la «Carta por pelota» (dic. 70), en que establece un sarcástico parangón entre la glacial inmovilidad de las pirámides egipcias y las





obras de los alemanes modernos, y en muchas cartas de la época, se desahoga contra esa guerra cifresca que destruye toda poesía heroica, contra esta victoria que al último se revuelve contra sí misma.»

Y sin embargo... Sí, Ibsen, como Brand, como Kierkegaard, era un luchador. Sólo que le repugnaba el regodeo de la victoria. Y le repugnaba porque sabía que la victoria es una mentira más, es la mayor de las mentiras, la suprema vanidad. ¿Y ser vencido? Si uno se regodea en ello, como en otra más íntima victoria, es también vanidad, es también mentira. ¿Y qué, no?

La verdad es luchar. Es luchar por cobrar la verdad. Y creer haberla cobrado es ya vencimiento y no victoria.

La muerte en cordura de Don Quijote—y Brand ¿qué fue si no una especie de Don Quijote kantiano?—, ¿qué victoria o fue vencimiento? Fue las dos cosas: victoria y vencimiento; fue todo y nada en uno. Y no sabemos que es el todo y qué la nada, si la victoria o el vencimiento. O más bien, la victoria es todo y nada y el vencimiento es también nada y todo. Y todo uno y lo mismo.

Y en cada cual de nosotros cuando se exalta Don Quijote es para convencer y vencer al Alonso Quijano el Bueno que lleva en sí, y cuando reposa serenamente en casa nuestro Alonso Quijano el Bueno y ejerce cuerdamente sus bondades, hay un Don Quijote dentro de él que le reprocha el sosiego egoísta de la cordura de sus bondades. Y al fin se mueren a la vez los dos y del mismo golpe.

Cuando estás en escena, lector, te arguye el otro, el hombre de casa, el espectador, el que quiere borrar, y cuando te quedas en casa te arguye el actor. Y eres teatro de ti mismo y vas por dondequiera representándote a ti mismo. Y si eres hombre y no buéy en dos patas, tu pensar no es sino un disputar contigo mismo. Y si no disputas contigo mismo, entonces...

Ese trágico Brand nos ha quitado muchas veces el sueño. Pero es para darnoslo, para darnos otro sueño.

¿E Inés? ¡Pobre Inés! Inés es el rayo de sol en las tinieblas de fuego y hielo de Brand, la espada que quema como quema el hielo. ¡Pobre Inés!

Inés es la verdad porque no se desdobra si no se dobla a Brand. Inés no aspira ni a todo ni a nada, sino a parte de Brand, a ser su corazón. Inés se da y se da toda. Y se sacrifica. Pero no a sí misma. Porque Brand, a fin de cuentas, se sacrifica a sí mismo. Sólo que al morir descubre que el íntimo mismo de sí mismo es la nada que se pierde en el todo de Dios. Vivió toda su vida engañado. Y así tuvo que ser. Si no hubiera vivido engañado no habría vivido. La vida no es sino un engaño que trata de desengañarse. Y el desengaño es la muerte.

«No sé bien lo que quería Brand, me dijo un amigo después de haber leído la tragedia ibseniana. Y yo le dije: «Quería querer.» «¿Y qué es querer?», él. Y yo: «Crear a Dios. Y Brand, al morir, conoció que le había creado Dios, el Dios que él quiso crear, el Dios que le mataba como le dió la vida.»

Brand sintió al final de su vida cómo toda vida es, al cabo y a la postre, un fracaso. Y la más fracasada de las vidas es la de aquel que sólo se preocupó de no fracasar, y para conseguirlo no luchó. «Si no luchó—se dice el necio en su corazón—, no venceré; pero tampoco seré vencido.» Y el muy necio se equivoca, y su vida toda es un continuo vencimiento, es algo peor: es un anonadamiento. Y un anonadamiento en una nada que no lleva al todo. Mejor no haber nacido. Y mejor no haber nacido es el colmo del absurdo, de la contradicción.

Hay que ir resuelta y valerosamente al fracaso. Y tal vez en el fracaso esté la única salvación posible.

Brand vivió y murió buscando dentro de sí a Dios, y el pueblo que le seguía le buscaba fuera. Para Brand, Dios era la busca de Dios. Y el pueblo acabó apedreándole en las heladas cimas. El pueblo no quiere caudillos como Brand, caudillos que saben por dónde marchan, pero no adónde llegarán; caudillos que saben que el camino es la vida, y que la parada del camino, el alto en que éste acaba, es la muerte. Los pueblos, cansados de vagar, han hecho viviendas estadzizas, y ya ni quieren andar por los caminos, sino que les lleven por ellos. Y el espíritu de Brand es el espíritu eternamente vagabundo, es el espíritu del judío errante.

¡Hermosas cumbres de nieve helada aquellas en que murió Brand cara a cara del cielo desierto!

Miguel de UNAMUNO

26 de enero de 1917.

